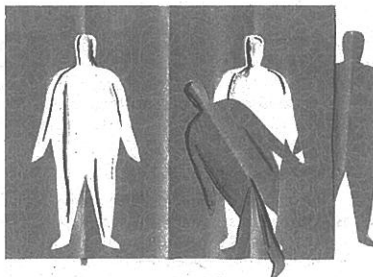


TRIBUNA

Les falta un Primo

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ
ESCRITOR

Quiénes claman por la república (es decir, quienes añoran la Segunda), no pueden encontrar ni un solo argumento que demuestre la superioridad democrática de aquel régimen respecto de este



Anadie creo que le quepa duda alguna: el episodio de la declaración en el juzgado de S. A. R. la infanta doña Cristina no se agota en sí mismo. Con independencia del resultado, que cuando escribo estas líneas no se conoce, y sea cual fuere la situación en la que quede, y haciendo abstracción de la perspectiva procesal de su cónyuge y de los otros imputados, ya hay una condena tan inapelable como antidemocrática, procedente de una turbamulta vociferante, a quien el Estado de derecho se le da una higa: unos, quizá, somaticen rencores; otros, que se dejan llevar por consignas facilonas y sucumben a la demagogia, auténtica broma de la democracia (broma, molusco que corroía los navíos de madera). Los hay que, como repudian la corrupción, exigen ejemplaridades: algo para lo que hay que estar muy preparado, porque del mismo modo que exigen culpa de la infanta por las andanzas de su esposo, supongo que lo harán respecto de la señora de un carpintero, por poner un caso, que factura en B: ¿cuántas cárceles deberían de llenarse, siguiendo las tesis de los que tanto exigen para la infanta?

No faltan los antisistema, a quienes más allá de sus gritos, algaradas y destrozos, no se les escucha ninguna propuesta seria y viable. Y los dizque modernísimos regeneradores, que no aciertan a explicar qué proponen, salvo que por explicación tomemos algunas frases más o menos ingeniosas, al estilo del mayo del 68.

Y, por supuesto, aparecen los republicanos radicales, naturalmente de izquierdas, aunque no faltan algunos despistados doctrinarios de derechas que dan patadas al tronco constitucional para no ser 'mariacomplejados', al rebujo de doctrinas de pluscuamperfectos santones mediáticos. Respecto de los primeros, afirman categóricamente que la monarquía no es democrática; es más, es heredera del franquismo, lo que la convierte en ilegítima. Qué más da que el régimen constitucional español, nuestra monarquía parlamentaria, se asiente en la voluntad del pueblo español, manifestada en el referéndum constitucional de 1978. No ocurrió así con la constitución de 1931, de unos contra otros, no sometida al veredicto de la nación. ¡Qué cosas tiene la historia!

Quiénes claman por la república (es decir, quienes añoran la Segunda), no pueden encontrar ni un solo argumento que demuestre la superioridad democrática de aquel régimen respecto de este. Ni uno solo. Por lo tanto, el zarandeo a la Corona, es decir, a la Jefatura del Estado, tiene más que ver con concepciones radicales que meramente ideológicas. Estoy convencido de que los republicanos de convicción, alejados

de maximalismos; utopías y deformaciones políticas, defienden un sistema de organización constitucional perfectamente válido y asimilable. Pero que en sus consecuencias prácticas, es decir, en la garantía de derechos y libertades, en la conformación de un Estado social y democrático de derecho, en nada difiere de una monarquía parlamentaria como las europeas, como la española.

Volvamos a los exaltados, a quienes exigen el cambio de régimen para acabar con problemas como la presunta corrupción de algún miembro de la familia real. Es decir, quienes para arreglar un enchufe exigen que se tire la casa entera y se construya una nueva. Creo que esto debe ser un endemismo hispánico, porque, fíjense: en los Estados Unidos han go-

bernado presidentes mujeriegos y mentirosos. En nuestra vecina Francia, alguno recibió diamantes, otro tenía como vecina del Eliseo a su amante. De Italia, para qué hablar. Y en el Reino Unido han ocurrido cosas también inquietantes. Y, sin embargo, no se perciben movimientos pro-monárquicos en las repúblicas citadas, ni pro-republicanos en los alrededores de 'Buckingham Palace'. ¿Por qué? Pues porque el sistema político vigente les resulta útil. Tanto dan monarquía o república, si proporcionan acomodo a la democracia, a la libertad, al progreso de los pueblos. Como ocurre en España, donde la función moderadora de la Corona es ejemplar, con la promesa cumplida de don Juan Carlos de ser rey de todos los españoles; donde la mejor proyección institucional en el exterior la tenemos en su persona; donde nos vemos libres de elecciones partidistas para proveer a la Jefatura del Estado. Donde, coyunturas aparte, gozamos de una estabilidad democrática nunca antes conocida.

Los republicanos radicales a quienes me refiero, que en uso de su libertad optan por el recuerdo de una opción fracasada, lo que no les exime de ser respetados aunque los que se manifiestan en Palma ni respetan ni ahorran insultos, han dictaminado la inutilidad del régimen constitucional. De nada valen los argumentos, porque estos chocan contra la consigna, y quizá en muchos casos contra la ignorancia y la intransigencia, muros difíciles de franquear.

Les falta, eso sí, un Primo, que jamás encontrarán. Al contrario que don Alfonso XIII, que selló su destino consintiendo la dictadura del marqués de Estella (en la que, por cierto, encontraron buen acomodo algunas izquierdas), don Juan Carlos segó de raíz las pretensiones de algunos espadones: lo hizo un 23 de febrero, fecha en que sí que cayó una pieza de caza mayor: ¿Se acuerdan del 'Elefante Blanco'? Pues eso. Bien cazado. Eso sí que fue un safari, no lo que algunos simples se empeñan en despachar 'urbi et orbi', rememorando estancias por tierras de África. Bueno es refrescar la memoria sobre esto, sobre todo para los más jóvenes y desinformados. Claro, ahora todo parecerá lejano, pero los tiempos difíciles lo fueron menos porque la Corona respondió, lo que permitió que hogaño los que quieren chillar en las calles lo hagan sin problemas. (Salvo que causen estragos, en cuyo caso los detienen por cafres, no por lo que piensan).

Definitivamente: aunque se hayan cometido algunas torpezas, aunque alguno haya salido rana, cosa que habrán de decidir los tribunales, la Corona, corrigiendo lo que proceda, sigue siendo sólida garantía de estabilidad y de prosperidad en nuestro marco parlamentario y constitucional. Tanto manifestante quisiera tener un Primo. Va a ser que no.